

La literatura hispanoamericana y el exilio

Del 21 al 23 de marzo de 1983 se celebró en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense un coloquio sobre *La literatura hispanoamericana y el exilio*, en colaboración con el Vicerrectorado de Extensión Cultural y el Instituto de Cooperación Iberoamericana. Por su especial interés ofrecemos seguidamente los textos de tres de las intervenciones, como anticipo de una deseable publicación de la totalidad de los mismos.

I

Me enfrento a este tema con el ánimo de ofrecer —no respuestas, ya que sería muy pretencioso intentarlo— sino elementos para tratar de resolver dos problemas que se nos proponen. El primero de ellos es saber si se trata del exilio de hoy, o del de ayer y el de siempre. El segundo, es constatar si existe una literatura hispanoamericana del exilio o solamente escritores hispanoamericanos en el exilio.

El largo exilio latinoamericano

El destierro de los patriotas de nuestro subcontinente es tan antiguo como la historia misma de las repúblicas independientes. Bernardo O'Higgins, el primer Director Supremo de Chile, vencedor de las batallas de Maipú y Chacabuco, que consagraron la independencia de su patria, falleció en 1842 en su exilio peruano, viviendo en una hacienda que le donó el gobierno de Lima como muestra de agradecimiento por su gesta revolucionaria. Fueron dos décadas de amargura, lejos de la tierra en que había nacido y a la que había contribuido, decisivamente, a independizar.

Su amigo, el general argentino José de San Martín, que luchó en la guerra liberadora de su país natal, en los combates de la liberación chilena y que asestó el golpe mortal al coloniaje consagrando la libertad del Perú, murió el año 1850 en su

destierro de Boulogne sur Mer, en la costa francesa, luego de casi tres décadas de ostracismo.

El propio Simón Bolívar, el Libertador, general de cien batallas encarnizadas, falleció camino del destierro, mientras una fragata inglesa lo esperaba en la costa para conducirlo a Europa. Antes de sucumbir sufrió el lacerante dolor de ser notificado por escrito de que la Asamblea Nacional de Colombia lo había declarado proscrito. Y él, que había expulsado al dominio español en su tierra, falleció en casa de un amigo español, Joaquín de Mier, que había sido su amigo y amigo también de la causa independentista.

Si bien no puede considerarse a Simón Bolívar como un escritor, su figura fue destacada por plumas como las de Rodó, Valencia, la Mistral, Rubén Darío y Neruda.

Y antes de cerrar este acápite de añoranza, quisiera referirme al general chileno José Miguel Carrera, ejecutado en Argentina por haber dirigido bandas de montoneros que trataban de tomarse Buenos Aires. Expulsado de Chile, muy joven aún, viviendo en el peligro y la aventura, mientras era conducido en una carreta hacia el patíbulo, divisó tras las blancas cortinas de una ventana la figura de una dama con la que había tenido tempestuosos amoríos; se sacó el sombrero haciendo una venia cortesana y siguió su camino hacia la muerte, aromado por el perfume del recuerdo.

No es en vano entonces cuando les digo que el exilio nos ha flagelado desde el inicio mismo de nuestra vida como pueblos independientes.

El país de los destierros en masa

Hay una nación latinoamericana en que las expulsiones en masa de sus ciudadanos han jalonado su trayectoria. Ese país se llama Paraguay y un escritor paraguayo que participa en este coloquio ha escrito largamente sobre su trágico destino. Me refiero a Augusto Roa Bastos.

Ya en 1767 ocurrió la expulsión de los jesuitas que provocó, a su vez, un éxodo en masa de los indios. Fue, a la vez, la primera expulsión masiva de extranjeros, y ello se debió a la tentativa jesuita para revivir las viejas formas de trabajo agrario, suavizando los rigores de la conquista y de la colonia. En 1865-1870 irrumpe la guerra con la Triple Alianza, lucha desigual durante la que el reducido pueblo paraguayo se enfrentó a gigantes como Argentina y Brasil, perdiendo la mitad de su territorio y a la mayor parte de su población activa. Desde entonces, la mitad de la población paraguaya ha sido lanzada al destierro y ahora mismo la dictadura continúa provocando la huida de miles y miles de paraguayos. Todavía en 1947 la insurrección popular de Concepción provocó la muerte de diez mil personas.

Los exiliados del siglo XIX

Ilustres intelectuales, artistas y escritores latinoamericanos sufrieron el flagelo del exilio durante el siglo XIX. Nótese que prefiero utilizar el término de «latinoamericanos» debido a que, en nuestro subcontinente, existen naciones y pueblos que no hablan el español: Haití, poblada por hombres de raza negra, utiliza el idioma francés; Brasil, que representa más del 25 por 100 de la población sudamericana, es un país en que se habla el portugués; en Paraguay, sólo el 5 por 100 es bilingüe —español y guaraní— y el resto conoce solamente el guaraní, idioma vernáculo de la masa aborígen. Y todavía en vastas zonas del altiplano compartido por Perú y Bolivia, se habla mayoritariamente el quechua o el armará.

El gran educador y político argentino Domingo Faustino Sarmiento vivió largos años desterrado en Chile; el ecuatoriano Montalvo, en Bogotá o en París; el insigne

José Martí, cubano, poeta y combatiente, en Centroamérica y en los Estados Unidos; el puertorriqueño Hostos, en Perú. Martí, que anunció la época de los políticos de acción sobre los demagogos de turno, murió luchando por la independencia cubana.

Los exiliados que conocí en Chile

Los chilenos no pensamos jamás que el exilio pudiera afectarnos a nosotros, ya que concebíamos nuestra patria como un «asilo contra la opresión», tal como lo señala la letra de nuestra Canción Nacional. De ahí que tratáramos siempre de acercarnos a los patriotas extranjeros que llegaban hasta nuestro suelo.

Los primeros exiliados con los que tomé contacto, e hice gran amistad, cuando yo me empinaba en mis dieciocho años, fueron tres poetas peruanos o, mejor, una poetisa y dos poetas. Ellos fueron Magda Portal, su compañero Serafín Delmar y un pariente de éste, el poeta Julián Petrović; los parentescos nada tienen que ver con los nombres, que eran seudónimos literarios.

Magda Portal era una gran poetisa y a ella le dedica muchas páginas José Carlos Mariátegui, en su ensayo sobre literatura inserto en sus «Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana». Autora de un libro de prosa, de tendencia anarcoide, «El derecho de matar» y de varios libros de poemas, entre ellos «Una esperanza y el mar», supo expresar la amargura de la ausencia en versos que no he podido olvidar jamás:

«He tenido tantas veces
la actitud de los árboles suicidas
en los caminos polvorientos y solos.»

¿Qué exiliado no se ha sentido alguna vez, en momentos de desfallecimiento y de nostalgia, como un árbol suicida en un camino polvoriento?

Magda perteneció a una pléyade de grandes poetisas latinoamericanas de las primeras décadas de este siglo. La Ibarbourú, la Mistral, la Agustini, Blanca Luz Brum y la propia Magda Portal son algunas de ellas. De ahí que, alegremente, el escritor peruano Félix del Valle, le dijera un día a Mariátegui: «Esto de escribir poesía deviene un oficio de mujeres».

Conocí, por supuesto, a otros exiliados del subcontinente durante ya mi larga peregrinación por la vida. Políticos y escritores, aunque con razón se ha dicho que los políticos suelen ser malos escritores y los escritores generalmente pésimos políticos. Uno de ellos fue el venezolano Rómulo Betancourt, que llegó a ocupar la Presidencia de la República venezolana, y que vivió largos años en Chile. Otro, el peruano Villanueva, que fue candidato a la Presidencia peruana y es actualmente el Secretario General del APRA. También a Juan Bosch, el dominicano, que fue elegido Presidente de su patria y que publicó en Chile libros tan hermosos como la «Isla Fascinante» y «Judas Iscariote, el calumniado».

Tuve que ver directamente con la edición de este último libro, que se hizo a través de la Editorial Socialista «Prensa Latinoamericana». Se trata de una increíble novela policial sobre la base del texto de la Biblia. Bosch sostiene, y creo que lo demuestra, una versión alucinante; dice que Judas no vendió a Cristo por los treinta denarios, sino que el traidor fue el apóstol Juan, indignado porque Judas le había pedido cuentas, por ser el tesorero de los seguidores de Cristo. De tanto repetirse por siglos que Judas Iscariote era un traidor, se llegó a la situación en que ya nadie se atrevió a dudar. Y cita, como ejemplo contemporáneo, el caso de Trotsky, acusado en gran parte del mundo actual como autor de los peores y más aberrantes crímenes, lo que ha convertido al principal cooperador de Lenin durante la época revolucionaria, al creador del Ejército Rojo, al dirigente más capacitado del Comité Central Bochevi-

que, en un réprobo vendido al fascismo y envenenador de los pozos de agua en que bebían los niños soviéticos.

Finalmente quiero referirme a un uruguayo que llegó huyendo a Chile y que, hace unos meses ya fallecido, aún en el exilio, en la ciudad de Barcelona. Me refiero a Carlos M. Rama, que caminaba dificultosamente como consecuencia de una poliomielitis, lo que me impresionaba, ya que con los años se me ha agravado una vieja dolencia a la cadera. Le entregué a Rama una columna diaria en *La Nación*, periódico oficial del gobierno de Allende, que yo dirigía, y otra en el diario *Clarín*, del que yo era simultáneamente Jefe de Redacción. Cuando Carlos intentó darme las gracias le dije sonriente y desaprensivo: no me digas nada, que esto lo hago porque a lo mejor un día yo también me convierto en un exiliado. La verdad es que no lo pensaba y ni siquiera se me pasaba por la imaginación. Y, ya ven ustedes, en donde me encuentro ahora, encarnación viviente del exilio chileno.

Espero haber suministrado antecedentes para demostrar que el éxodo de intelectuales, profesionales, escritores y artistas no es un fenómeno de hoy, sino, como lo dije, de ayer y de siempre.

Una digresión, antes de seguir adelante

Quisiera dedicar unas palabras a un exilio singular, que sirvió para relacionar a los intelectuales brasileños con el resto de los pertenecientes a países de habla hispana.

Brasil era un gigante al que los latinoamericanos ignorábamos o temíamos. Con sus ríos tumultuosos, su selva impetuosa, sus enormes ciudades febriles, aquella inmensa nación parecía aplastarnos. Cuando ocurrió el golpe militar de 1964, que derrocó a Joao Goulart, miles y miles de brasileños debieron huir a otros países de la zona, y pudieron descubrir, a la vez, otras realidades y otros climas. Mario Pedraza y Theotonio dos Santos, en Chile, Ferreira Gullar, en Argentina; Darcy Ribeiro, en Uruguay o Francisco Juliao, en México, son algunos de los nombres que, en este momento, se me vienen a la cabeza.

El campo y la ciudad

Los espacios telúricos de la inmensidad geográfica latinoamericana han servido fatalmente de escenario a la literatura en esta zona del planeta.

La tierra laborable, al llegar los conquistadores, era entregada en usufructo por el poder central a los jefes de las tribus que, a su vez, las entregaban a las familias de acuerdo a sus necesidades, y sólo por un año. O sea que si al año siguiente un grupo familiar había crecido por haberse casado algunos o por haber nacido más hijos, recibía mayor extensión de tierra y si, por el contrario, había disminuido, alcanzaba una porción menor que el último año.

Los conquistadores sólo pensaron, según expresión de Mariátegui, en distribuirse el pingüe botín de guerra; así surgieron los repartimientos y las encomiendas, mediante lo que se amortizaron extensiones ilimitadas en pocas manos. El sistema se perpetuó a través de las vinculaciones y los mayorazgos, que impedían las divisiones por herencia, cayendo la totalidad del latifundio en manos del hijo mayor.

Esto originó no sólo el exterminio inhumano de los indios, sino que el régimen del latifundio, cuyos excesos debieron lamentar por siglo los pueblos latinoamericanos.

Para darles sólo unos ejemplos empecemos por México. El general Terrazas tenía en Chihuahua seis millones de hectáreas, una extensión igual a la de toda Costa Rica; en el Estado de Hidalgo, el ferrocarril avanzaba 135 kilómetros a través de la hacienda de José Escandón; todo el Estado de Morelos pertenecía a 32 terratenientes. El magnate de la prensa norteamericana, William Hearst, era dueño de la Hacienda Babicor, con 507.000 hectáreas.

Trasladándonos a la historia de mi patria les puedo decir que he examinado, como jurista, títulos de dominio realmente descabellados; en uno se daba como deslinde de un latifundio la siguiente indicación: «Subiéndose a la loma, por el sur, hasta donde se pierde la vista». Se trataba, como ven, de que el encomendero tuviera mejor o peor visión para adueñarse de mayor o menor terreno; y tiemblo al pensar en lo que hubiera sucedido si en esos tiempos se hubieran conocido los prismáticos.

Todavía en los años cuarenta conocí la Hacienda Illapel, de la familia Irrarázabal, que se extendía desde el mar hasta la cordillera, con tierras aun en el lado argentino; esta propiedad cortaba a Chile, literalmente, por la mitad.

Insurrecciones y reformas

Esto explica que las primeras novelas de algún valor en América Latina —y me refiero propiamente al siglo XIX— afincaran su temario en la lucha del campesino por la tierra o en el drama de la población indígena. Comenzando por *La vorágine*, del colombiano José Eustacio Rivera; *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes, la gran novela de la pampa argentina; *Doña Bárbara*, del venezolano Rómulo Gallegos, que narra el antagonismo entre la civilización y la barbarie, hasta llegar a *Huasipungo*, obra extraordinaria del ecuatoriano Jorge Icaza y *El mundo es ancho y ajeno*, del peruano Ciro Alegria. Recordemos también *Ranquil*, del chileno Renato Lomboy; *Los ríos profundos*, de Arguedas; *La casa verde*, de Vargas Llosa, o *Los pasos perdidos*, del cubano Carpentier.

Esta literatura de la tierra y del indio emerge de la naturaleza exuberante y resulta, por lo menos difícil, mantenerla con el mismo ímpetu en el exilio.

La progresión urbana

El otro fenómeno que ha impulsado la novela latinoamericana por derroteros generalmente comprometidos —aunque en ocasiones, como es el caso de Jorge Luis Borges, por derroteros europeizantes y preciosistas— es el crecimiento vertiginoso y dinámico de las ciudades del subcontinente.

Esta migración es inconcebible para la mente europea. Veamos algunos ejemplos: Buenos Aires tenía, en 1930, un millón de habitantes; en 1950, cinco millones; en 1960, siete millones; en 1980, once millones.

Sao Paulo, que no es capital nacional y que no está ubicada directamente sobre la costa, ha seguido el siguiente ritmo: en 1900, 240.000 habitantes; en 1920, 580.000; en 1940, 1.300.000; en 1950, 2.300.000; en 1963, 3.400.000, y en 1980, alcanzaba la cifra extraordinaria de 10.000.000 de pobladores.

Constituye un error muy común considerar a todos los países latinoamericanos como similares en su estructura económica, social y hasta étnica. Aunque no es el momento de entrar en tales pormenores, señalemos la relación entre la población humana y su ubicación territorial. Según datos del Banco Interamericano de Desarrollo, los porcentajes de población urbana en algunos países de la zona son los siguientes:

Uruguay	79,9 %
Argentina	78,9 %
Chile	74,2 %
México	58,7 %
Perú	51,9 %
Guatemala	30,8 %
Haití	17,3 %

Pero no sólo varía la relación campo-ciudad, sino que la composición racial; Haití es una nación de raza negra; existe una gran masa indígena en países como México, Bolivia, Perú, Ecuador, Guatemala, Paraguay o Nicaragua; predomina la población blanca, de origen europeo en naciones como Argentina, Uruguay, Chile o Costa Rica; existe una gran proporción de negros o mulatos en Brasil, Venezuela, Cuba o Colombia. Resulta singular que, mientras en Costa Rica no existe más de un 1 por 100 de indígenas en los países vecinos de Centroamérica la proporción es mucho mayor.

Y el vertiginoso crecimiento de las grandes urbes, que llegan a tener en el caso de las capitales la tercera parte y hasta la mitad (Montevideo) de la población total del país, no las planifica en barrios residenciales y barrios pobres, sino que surge una periferia miserable, sólo comparable a la pobreza que se evidencia en África y en algunas regiones del Asia. Son las favelas brasileñas, las villas miseria argentinas, las poblaciones callampa chilenas y otras expresiones primitivas del subdesarrollo casi absoluto.

Expresión de esta vida afiebrada y contradictoria han sido novelas como *El señor Presidente*, de Asturias; *En las calles*, de Jorge Icaza; *El roto*, del chileno Joaquín Edwards Bello; *El túnel*, del argentino Sábato; *La ciudad y los perros*, de Vargas Llosa, y sobre todo la novelística posterior a la década de los sesenta se inscribe en lo que se ha llamado el «boom» de la novela latinoamericana. Pero quisiera referirme a una breve novela del chileno Carlos Sepúlveda Leyton, *Hijuna*, que narra historias de un muchachito en un barrio modesto de Santiago y que es una verdadera joya literaria; esta novela fue editada muy modestamente en una ciudad de provincia y, por eso, su divulgación no alcanzó la proporción deseada; sólo vino a destacar luego de la llegada a la Presidencia de Salvador Allende, época en que la reeditó dignamente la editorial del Estado Quimantú.

El exilio interior

Antes de pasar a hablar del destierro propiamente tal, dediquemos algunas palabras al exilio interior, integrado por los escritores que han permanecido o aún permanecen en sus países, obligados a una auto-censura, trabajando con el temor constante de recibir por las noches la visita de una patrulla militar que no sólo requiese los originales, sino que se lleve al autor que se expone así a la prisión arbitraria, a la tortura o a ese extraño rigor del «desaparecimiento» que caracteriza la brutalidad castrense.

Existe un gran número de escritores, entre ellos la mayoría de los argentinos, que han permanecido en su tierra, escribiendo en esas condiciones difíciles; y hay otros que se han inclinado ante la autoridad militar, como Jorge Luis Borges —y lo digo con mucha tristeza— tal vez obsesionado por conseguir el apoyo oficial a su eterna candidatura al premio Nobel; pero Borges no sólo se ha inclinado ante la dictadura de su patria, sino que ha ido a mi país, a Chile, a rendirle pleitesia pública al general Augusto Pinochet, y ante esto huelgan los comentarios.

Para que ustedes se den exacta cuenta de la actitud de las dictaduras ante la educación y el intelecto, voy a leerles el texto exacto de una circular del «Comando de Institutos Militares» de Chile, que es similar al procedimiento utilizado por otras dictaduras de la zona. Previamente debo advertirles que la totalidad de los rectores de Universidades chilenas son militares en servicio activo o en retiro, y que también lo son una gran parte de los decanos y directores de facultades.

En la circular a que me refiero se dispone que «los jefes de establecimientos educacionales deben canalizar a través de la autoridad militar competente aquellas materias de seguridad que constituyen problemas... se ordena, en consecuencia, poner en conocimiento de dichas autoridades hechos irregulares tales como comentarios

sobre política contingente, propagación de rumores mal intencionados sobre actividades de gobierno o grupos extremistas, propagación de chistes o cuentos relativos a la gestión de la Junta o de sus miembros, distorsión de los conceptos o valores patrios, distorsión de las ideas contenidas en los textos de estudios, dándoles interpretaciones antojadizas y parciales, no cumplimiento de sus horarios o de sus programas de materias, propugnación de reuniones o materialización de ellas en el recinto del establecimiento o fuera de él sin la correspondiente autorización de la autoridad militar, propagación de ideas tendientes a disminuir en el cuerpo de profesores, auxiliares y/o administrativos el concepto de autoridad del director hacia todo el personal, no acatamiento de las disposiciones emanadas del Ministerio de Educación o de la autoridad militar en forma rápida y efectiva especialmente aquellas relacionadas con la exaltación de los valores patrios...»

Agreguemos, por si hubiera dudas, que bajo tales dictaduras no pueden publicarse revistas, libros u otros impresos sin pasar por la censura previa de las autoridades militares.

El exilio exterior

Si el exilio interior obliga a los intelectuales a mantenerse aislados, el exilio exterior, por razones obvias, corta muchos vínculos y separa físicamente a quienes atraviesan por la diáspora. Antes de generalizarse el destierro los escritores latinoamericanos se conocían, relativamente, muy poco entre sí; los escritores argentinos y los escritores mexicanos, por ejemplo, participan de poderosos movimientos literarios, se solían ignorar entre ellos, y miraban más hacia los públicos europeos que hacia sus propios pueblos. El hecho concreto es que existió, por lo menos hasta la década del sesenta, una «compartimentación» palpable de los diversos segmentos nacionales.

Esta situación, es cierto, se ha modificado después del estallido del «boom» con la participación de escritores como Fuentes, Cortázar, Sábato, García Márquez, Vargas Llosa, Carpentier o Donoso. Novelas como *Cien años de soledad*, del colombiano, o *La guerra del fin del mundo*, del peruano, son ya de dominio general en nuestros países. Y, además, la obra de la Casa de la Cultura, en Cuba, ha contribuido fuertemente a eliminar falsas fronteras.

Pero subsiste la interrogante que planteábamos al comienzo de esta intervención, ya que los escritores en el exilio se encuentran enfrentados a problemas casi insuperables. Los que han debido instalarse en países de idioma extraño, no pueden dirigirse a una audiencia que no los entiende; los que viven en países de habla española, en especial México, Venezuela y, por supuesto, la misma España, han perdido el contacto con su propio público y deben adaptarse al nuevo, que les ofrece diferencias de paisaje, de clima, de ambiente y hasta semánticas.

Por eso yo sostengo, claramente, que no puede hablarse de una literatura hispanoamericana del exilio, sino de escritores latinoamericanos en el exilio. Aunque existe, tal vez, una excepción: la de los escritores especializados en los temas socio-económicos que han tenido mayores oportunidades de reunirse en Institutos de Investigación, en seminarios, coloquios o asambleas y que cuentan con un gran número de revistas en que se mantiene vivo el debate sobre nuestra miseria, nuestro subdesarrollo y nuestras perspectivas. Entre estos escritores puedo recordar, a vuelo de pájaro, nombres como los del venezolano Teodoro Petkoff, los argentinos Gregorio Selsler, David Tieffenberg, Julio Godio, Jorge Beinstein o Marcos Kaplan; los brasileños Carcy Ribeiro, Theotônio dos Santos, Helio Jaguaribe, Mauro Marini o el ya fallecido Josué de Castro; los chilenos Jacques Chonchol, André Gunder Frank o Fernando Mires, los uruguayos Carlos M. Rama o Vivian Trias, ambos recientemente fallecidos, y muchos más.

Observemos, por otra parte, que gran parte de los escritores latinoamericanos, me

refiero a los novelistas y poetas, no están actualmente exiliados; me refiero concretamente a García Márquez, José Donoso, Mario Vargas Llosa, Jorge Edwards, Alejo Carpentier, Ernesto Sábato, Carlos Fuentes.

Reflexiones finales

Les ruego, queridas amigas y queridos amigos, perdonar a este escritor latinoamericano que, temo, haya exagerado los tonos sombríos de la nostalgia y de la cerrota, porque el exilio, como decía Magda Portal, nos hace tener muchas veces la actitud de los árboles suicidas en los caminos polvorientos y solos; creo que el exilio es consustancial con la historia de nuestros pueblos, desde los mismos días de haber surgido como naciones independientes, y ahí quedan los casos de aquellos padres de la patria a que yo me refería en un comienzo. Y creo, también, que no existe y aún que no puede existir, una literatura hispanoamericana del exilio, ya que estaría privada de sus auténticas raíces, de la presencia telúrica de una geografía dispersada y gigantesca, de la turbulencia de un combate social ininterrumpido, de las condiciones indescriptibles de la miseria y el subdesarrollo.

Existen, sí, escritores en el exilio, que continúan su lucha por recuperar los valores de la educación y la cultura, que forman parte de los cientos de miles de patriotas desterrados, que se sienten en su casi totalidad como combatientes, en el sentido de José Martí, de la gran causa de la revolución liberadora de sus pueblos. Con ellos late mi solidaridad y mi esperanza.

Muchas gracias.

Oscar WAISS
Escritor
Madrid
(España)

II

Un sello en mi pasaporte impide confusiones de la memoria: llegué al aeropuerto de Barajas el 2 de junio de 1976. El 24 de marzo se produjo en la Argentina el golpe militar, y desde esa fecha la represión ideológica que tiempo antes habían instaurado bandas parapoliciales bajo el rótulo de las Tres A se institucionalizó. Miembros de las Fuerzas Armadas, con o sin uniforme, se presentaban en mitad de la noche en las casas de sospechosos de oposición al nuevo régimen y con total impunidad se llevaban detenidas a veces a familias enteras. Los que se atrevían a resistir eran muertos allí mismo. En las instalaciones policiales y militares nadie daba razón de los secuestros y se respondía a quienes reclamaban con una frase que se reiteraba sin cambios en comisarías y cuarteles: «Aquí se desconoce el hecho». Por su parte los jueces se inhibían en los casos de habeas corpus planteados a favor de los desaparecidos. Durante el día, las requisas se efectuaban cerrando una calle y obligando a descender a pasajeros de coches y autobuses en impresionantes operativos que terminaban indefectiblemente con algún detenido. El solo hecho de poseer libros tildados de marxistas significaba un peligro, y las familias comenzaron a incendiar parte de sus propias bibliotecas; otros, los que tenían un jardín, los enterraban envueltos en plástico con la esperanza de poder exhumarlos algún día. A todas horas las sirenas de los Ford Falcon verdes sin matrícula utilizados por las fuerzas de represión aterrorizaban la ciudad con su carga de tortura y de muerte.

La ultraderecha había tomado la costumbre, desde mediados de 1974, de efectuar